

Confusión por los Deseos de Viola de Volver al Poder la Semana Próxima

BUENOS AIRES, 4 de diciembre. (EFE y AP) - Los deseos del general Roberto Viola de reasumir la presidencia la próxima semana, han provocado mayor confusión a la más aguda crisis padecida por el proceso castrense iniciado aquí en 1976.

La información fue destacada hoy por la prensa de esta capital, el diario Clarín dice que la decisión fue comunicada la noche del jueves por el propio Viola a los tres integrantes de la Junta Militar.

En líneas generales, se ha producido una coincidencia en cuanto a la insuficiencia coronaria de Viola, pero no en su tratamiento.

Mientras los cirujanos de corazón se muestran partidarios de operar a Viola, los internistas están por un tratamiento que le po-

dría permitir desarrollar una actividad inicial de seis horas.

La enfermedad del Presidente, según los periódicos, se ha convertido en un tema de discusiones, incluso con tendencias políticas. No faltan quienes estiman que el momento es propicio para dar al proceso militar un rumbo un cronograma que desemboque definitivamente en la normalización institucional.

Entretanto, el general Viola abandonó hoy el hospital donde fue internado ayer para nuevos exámenes médicos, en el que se estableció la evolución de su enfermedad cardiovascular, se informó oficialmente.

U. del P. ANSICOM

El posible cambio en la cúpula del poder en Argentina — precipitado por la enfermedad de Viola en medio de la crisis de su gestión — parece destinado a ubicar en la presidencia del régimen militar, antes de la fecha prevista para el recambio de 1984, al actual comandante en jefe del ejército, general Galtieri. Como es lógico, en un país donde las mediaciones políticas están prácticamente inhibidas por un rígido sistema de congelación que sólo permite esporádicas expresiones de deseos en los medios de comunicación bajo su control, la cuestión del llamado "esquema de poder" y de los cambios que habría que introducir en las reglamentaciones del gobierno *de facto* para posibilitar el ascenso de Galtieri, ha pasado a un primer plano. Los comentaristas políticos de los principales diarios se pierden en laberintos de conjeturas acerca de la *personalidad* del previsible mandatario, descubren desconocidas *vetas políticas* en el militar de turno y siembran moderadas ilusiones en una opinión pública más que escéptica.

El fárrago del acontecer cotidiano y el verano (tradicional período de pausa en la vida pública argentina) parecen sepultar en el olvido el hecho político de masas más significativo ocurrido en Buenos Aires desde el golpe de estado de 1976. A pesar de que la prensa y la propaganda oficialistas pretendieron minimizarla, el pasado 7 de noviembre el pueblo argentino protagonizó la mayor movilización de resistencia y oposición a la dictadura militar.

Desafiando un gigantesco operativo intimidatorio (advertencias previas del gobierno, campaña de amenazas, gigantesco despliegue de fuerzas de seguridad con ametralladoras, lanzagases y helicópteros), unas 50 mil personas en la capital y un número similar en el interior del país marcharon bajo el lema *paz, pan y trabajo* hacia iglesias previamente indicados. La multitud coreó estribillos que ya se están convirtiendo en expresión resumida del estado de ánimo de la inmensa mayoría de la población: "¡Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar!", "¡Qué aparezcan los que no están!", "¡Pro-

La jornada del 7 de noviembre Argentina hacia una resistencia activa

Eduardo Parral/I

ceso, proceso, qué carajo es eso!", etcétera. La inclusión entre las consignas del reclamo por los desaparecidos produjo efectos inmediatos: la Multipartidaria incluyó el espinoso punto en su lista de reivindicaciones y la junta militar se apresuró a dejar *trascender* que la futura ley orgánica de los partidos políticos "prohibirá la revisión de lo actuado en la lucha anti-subversiva", vale decir los secuestros y asesinatos masivos.

La jornada del 7 de noviembre fue convocada por la CGT (la central única de trabajadores, en manos de un sector de la burocracia sindical opuesto a la dictadura) con la colaboración de la Iglesia Católica, cuya jerarquía es un pilar del régimen pero permitió en este caso a su ala opositora facilitar los templos para la manifestación de protesta. Como la Multipartidaria, tales instituciones constituyen únicos centros de convocatoria y puntos de referencia legales para las movilizaciones, aunque no expresen cabalmente el repudio ni las aspiraciones de las masas.

El hecho de que ahora sean convocantes y nucleadoras de las expresiones de protesta fuerzas que apoyaron en un principio a la dictadura militar, o que al menos facilitaron su gestión con un silencio cómplice, posee un significado que debe ser comprendido en su unidad contradictoria.

Por una parte, expresa los límites del denominado *proceso*, la circunstancia de que los planes oficiales parecen tocar los

confines de un estancamiento irremediable, más allá del cual sólo se vislumbra su reversión involutiva o una quiebra de las bases que le dieron sustento. La partidocracia, el empresariado nacional, la Iglesia y los burócratas sindicales no quemaron las naves que los unen a una posible salida negociada con los militares, pero toman prudente distancia y se vuelven voceros del rechazo generalizado a la política dictatorial. Poco esperan de un poder que no quiere ni puede desandar sus pasos y que, al mismo tiempo, parece incapaz de coronar su propio proyecto avanzando en el camino que se había trazado. Tampoco ofrecen garantías a las fuerzas armadas, debido a su deteriorada representatividad, en la tarea de controlar el desborde de los reclamos populares ante una eventual *apertura*. Son además conscientes de que sin el concurso represivo del aparato de seguridad se verían imposibilitados de encauzar tal proceso democratizador, ya que el recurso a la fuerza se haría necesario, tarde o temprano. Este círculo vicioso, verdadero callejón sin salida, refleja con elocuencia la encrucijada crítica de las fuerzas tradicionales de la burguesía argentina.

Por otra parte, la decisión de la Iglesia, la CGT y la partidocracia de hacerse voceros del clamor popular refleja el desarrollo del repudio predominantemente espontáneo de las masas al régimen, repudio que se pretende moderar y manipular pero que, sobre todo, se busca impedir que adquiera cauces independientes capaces de romper las estructuras de la crisis.

De toda la trayectoria de la resistencia antidictatorial argentina desde 1976 en adelante, surge con claridad el papel protagónico que parece destinado a cumplir una clase obrera diezmada y fuertemente debilitada como factor económico, político y social, pero que emerge como la única fuerza del escenario argentino interesada y en condiciones de sostener una lucha consecuente contra la dictadura militar y de arrastrar el resto de la inmensa mayoría del pueblo, abrumadoramente contraria al régimen militar.